

# Los valores y el sentido de la vida. El debate filosófico de una época (1940-1960)

Georgina Alfonso

Investigadora. Instituto de Filosofía, CITMA.

El siglo xx, el de las grandes revoluciones sociales, antes de cerrar sus puertas ironizó las grandes convicciones, desestimó las verdades profundas, carnavalizó lo respetable y ridiculizó todo lo que eran formas justas de vida. La caída del muro de Berlín, el colapso del bloque socialista del Este europeo, la guerra civil en la ex Yugoslavia y la invasión a Iraq trastocaron el escenario de la cotidianidad y dieron credibilidad al poeta: «la historia es y seguirá siempre siendo la jauría de un rey bastardo y criminal persiguiendo sin descanso al ciervo, que esconde en el sagrario divino de su cuerpo el ángel de amor».<sup>1</sup>

Los efectos de la jauría están a la vista: fragmentación social, destrucción de las estructuras sociales tradicionales, desempleo creciente, deterioro de las condiciones de vida, pérdida de cultura e identidad, aumento de la pobreza, la criminalidad y la violencia, deterioro sin límites de la naturaleza. A la pregunta ¿qué somos?, se une como condición de existencia humana actual ¿para qué vivimos?

La incertidumbre acerca del sentido de la vida es parte de las contradicciones valorativas que acompañan

a la sociedad contemporánea, en la que el modelo neoliberal legitima la lógica del capital sobre la vida. La preocupación sobre cómo se ha de vivir la vida, y cuál es la mejor manera de actuar en este mundo globalizado por las transnacionales capitalistas, marca el inicio de una nueva conciencia de la globalidad del sentido de la vida.

Una mirada crítica a la realidad latinoamericana no pasa por alto el esfuerzo por deconstruir los significados y sentidos impuestos por la globalización capitalista neoliberal. América Latina demuestra que ante las constantes amenazas a nuestras vidas, queremos seguir viviendo. De aquí que las preocupaciones por los valores y el sentido de la existencia se conviertan en elemento político e ideológico central para reorganizar y conformar las alternativas antiglobalización. Esto impone al pensamiento filosófico un cambio en la actitud de búsqueda de nuevos referentes valorativos y de rescate de la herencia cultural e histórica del pensamiento.

No han sido pocos los debates sobre los valores y el sentido de la vida en el filosofar latinoamericano. Aunque se omiten con frecuencia en los estudios sociales, la crítica valorativa sintetiza, también, las

Premio Temas de Ensayo 2004, en la modalidad de Ciencias sociales.

peculiares maneras de autoconocernos, construirnos y afirmarnos como sujetos de una historia empeñada en romper con el enclaustramiento espiritual y la dependencia material.

El estudio de los valores en el pensamiento cubano no escapa a la omisión. Sin embargo, el debate filosófico en torno a esta problemática conjuga, de modo particular, la reflexión teórica con la realidad inmediata del acontecer cubano. No se trata tan solo de una conjugación que intente preparar o cristalizar juicios críticos para conceptualizar el devenir histórico y cultural, sino de un proceso integrador de los múltiples elementos que conforman la compleja urdimbre social.

Es esta la razón esencial para recuperar una de las más interesantes polémicas filosóficas del siglo xx cubano. En ella, el tema de los valores y su tratamiento consciente no fue una moda o copia de la filosofía occidental, sino un intento de construcción renovadora y prospectiva de cualidades legitimadoras de la identidad, la tradición y la autenticidad del universo sociohistórico y cultural cubano. Esta polémica se destaca por la magnitud teórica de sus aportes, la influencia de sus ideas en los círculos intelectuales cubanos y el impacto en el proceso revolucionario que se venía gestando. Las divergencias políticas, ideológicas y filosóficas existentes entre quienes participan en la discusión complejiza considerablemente el estudio histórico y filosófico, a lo cual se suman las posiciones contradictorias entre el la vida y la obra de cada pensador.

Las problemáticas valorativas en Cuba, en el período de 1940 a 1960, se insertan conscientemente en los proyectos libertarios como referentes teóricos, prácticos y valorativos ante la irremediable disolución a que parecía condenada la nacionalidad cubana causada por la perenne y catastrófica situación económica, social e ideológica. ¿Cómo se ha de vivir la vida? es la pregunta que convoca a la filosofía a dar una respuesta que proclame la convicción de que vale la pena vivir y precisar el significado de la vida humana. Ese desafío filosófico motiva interesantes propuestas que se elevan a la discusión teórica con fines interpretativos, cognoscitivos y práctico-transformadores en los círculos filosóficos cubanos entre 1940 y 1960.

Por la manera de abordar, comprender y proyectar el tema de los valores y el sentido de la vida se deslindan en el debate filosófico dos tendencias fundamentales.<sup>2</sup> Una, predominantemente académica, se inserta en la polémica desarrollando una teoría sobre los valores. Sus representantes participan con la intención de mediar en las transformaciones de la conciencia social cubana activando la conducta y la voluntad de los sujetos para la libertad de su espiritualidad. Otra, aboga por reconstruir los valores identitarios de la comunidad cubana desde el análisis de los referentes de significación

de la vida cotidiana. A sus representantes los acompaña una marcada intención por revolucionar la sociedad cubana transformando los sentidos de la vida humana.

Como todo debate de pensamiento, este no se verifica al margen de los grupos sociales que, inmersos en procesos históricos, lo producen, reproducen, rectifican o vacían. El pensamiento emancipador de una época está sometido a las mismas tensiones y limitaciones de todo pensamiento, desde el punto de vista de la condición humana. No está exento de institucionalización, ideologización o fetichización, aunque sea un pensamiento antifetichista y crítico de toda tendencia ideologizante. Sus avatares son los de los grupos sociales que lo promueven y asumen. Por ello, es importante tener en cuenta que el pensamiento de liberación no deja de ser funcional a procesos de fetichización, que lo inducen en determinados momentos a que se vacíe e invierta. Esto quiere decir que el criterio sobre el carácter liberador de un pensamiento social no es abstracto, de corte puramente académico, sino histórico-social concreto: es liberador si abre, reproduce o enriquece horizontes de vida humana y praxis social de dignificación y humanización de las condiciones de vida en una sociedad concreta. Significa también que su realización práctica no depende de sus criterios en sí, sino de las fuerzas sociales que lo asumen y desarrollan en una praxis de liberación. Es esta la condición de vigencia histórica y validez del pensamiento emancipatorio.

### «Lo que en definitiva importa es que haya valores»

A partir de su creación, en 1948, la Sociedad Cubana de Filosofía propicia la reflexión axiológica consciente reuniendo y divulgando los principales trabajos sobre la temática. Así se dan a conocer las ideas axiológicas de importantes figuras del mundo filosófico cubano como Jorge Mañach, Rafael García Bárcena, las hermanas Rosaura y Mercedes García Tudurí, Luis A. Baralt, Pedro Vicente Aja y Humberto Piñera Llera, entre otros. Se destacan los trabajos de Mañach y García Bárcena por el grado de sistematicidad que alcanzan. Sus respectivas monografías *Para una filosofía de la vida* (1951) y *Redescubrimiento de Dios. Una filosofía de la religión* (1956) influyeron notablemente en el mundo académico e intelectual, con fuerte repercusión en las esferas del arte y la cultura nacionales.

Las insuficiencias teóricas y limitaciones prácticas de cada una de estas propuestas no esconden los agudos sentidos humanista, progresista y renovador que les son inherentes. Sirvieron para catalizar las nociones de discernimiento y ruptura, promover la integración

nacional, recuperar valores quebrantados por los fueros republicanos y la penetración imperialista, crear conciencia crítica de la situación del país y movilizar el espíritu creador de cubanos y cubanas.

En ellos, el sentido de la vida se funda en el interés de crear una actitud ante la cultura y la historia que renueve el espíritu y la voluntad del pueblo cubano.

Vivir —escribe Jorge Mañach— no es meramente existir [...] la vida es la simple duración de la existencia, pero en un sentido más entrañable y profundo es el contenido de actividad propia que hemos podido darle a esa duración. Vivir de veras es, en suma, soñar, querer, hacer, ejercitar en alguna forma nuestra voluntad.<sup>3</sup>

Vista por Mañach, la libertad es una cualidad del espíritu que garantiza y orienta el sentido de la vida.<sup>4</sup> La relación que aprecia entre la libertad humana y su espiritualidad reafirma conceptualmente el ideal de proyecto social que asume para consolidar la nacionalidad cubana. Si la libertad humana, según afirma, está en la capacidad espiritual de especular, inventar, imaginar lo posible de lo dado, lo perfecto de lo imperfecto, entonces, con una mejor cultura y educación los seres humanos pueden desarrollar mayores capacidades espirituales y, por tanto, ser más libres.

Reacio a cualquier intento de reducción de la espiritualidad, Mañach subordina la libertad a la facultad de elegir a partir de manifestaciones de la voluntad individual. Esta visión de la libertad, al margen de las necesidades y posibilidades objetivas de los procesos sociohistóricos, fundamenta teóricamente la concepción del mundo e ideología de una parte de la burguesía nacional, interesada en el rescate de la espiritualidad de los cubanos y las cubanas en medio de la crisis general del país como alternativa libertaria y paliativo a la pérdida de la identidad cultural, dignidad humana e independencia nacional.

Para responder cómo se ha de vivir la vida, Mañach insiste en la importancia de los valores e introduce sus postulados teórico-axiológicos, que él mismo resume de la siguiente manera:

La forma de la vida es la conducta. Conducta es elegir. Se elige según valores. Los valores son siempre relativos, porque inevitablemente los condicionan el sujeto y el objeto de ellos; pero hay un linaje de valores que podemos llamar «absolutos» porque aluden a cierta perfección y porque se recomiendan en general acatamiento. Para que tales valores lleguen a ser generales, será necesario que se dé en ellos la estabilidad de los dos polos, sujeto y objeto, entre los cuales el valor se engendra.<sup>5</sup>

«La conducta del hombre dependerá de sus valores»,<sup>6</sup> por eso Mañach insiste en que la preocupación por los modos de comportarse los seres humanos y cuál es el mejor de ellos, vale tanto como indagar lo que cada cual elige y qué cosa debe elegir. Este reconocimiento del papel activo del sujeto a través de

la toma de conciencia de su capacidad estimativa y del conocimiento de la realidad, es uno de los aportes filosóficos más significativo del condicionalismo de Mañach. Asimismo, la incorporación del objeto material o ideal como parte complementaria y necesaria de la relación valorativa, en perenne interacción con el sujeto como condición del valor, rompe con la visión tradicional de las posiciones filosóficas latinoamericanas, que se movían entre el subjetivismo y el objetivismo axiológico.<sup>7</sup>

Esta perspectiva de Jorge Mañach acerca de los valores critica conscientemente los formalismos espirituales, la retórica filosófica tradicional y las actitudes culturales inertes. La asunción del sentido de la vida a partir de la incorporación y socialización de valores es la propuesta que hacen los académicos ante la falta de moralidad, educación, responsabilidad histórica, cultura cívica y compromiso patrio.

La crítica al formalismo espiritual, portador de valores inertes y tradicionalistas, arraiga en estos pensadores una conciencia y una moral auténtica y renovadora. Mañach insiste en superar los pesimismos con que a menudo se declara frustrada la civilización y las crisis de conciencia que suelen producirse en los momentos en que la humanidad se dispone, con la voluntad colectiva e individual, a restablecer un nuevo equilibrio dinámico, movilizándolo al efecto sus recursos instintivos y de conciencia.<sup>8</sup>

Los valores, vistos por estos pensadores en términos de recuperación y ensanchamiento del espíritu, impiden a las personas resignarse a sus naturales condiciones de vida; por ello insisten en cambiarlas, y a ese fin infieren de lo dado, lo posible: sueñan, especulan, inventan, aplican su voluntad a la naturaleza y al mundo.<sup>9</sup>

Los valores son resultado de un proceso cultural de creación, ocupación y preocupación de los hombres y las mujeres. Piñera Llera dice sobre este proceso: «si bien el hombre crea la cultura en la que vive y de la que se nutre, ella a su vez funda las posibilidades humanas de ser precisamente hombre».<sup>10</sup>

Este concepto de la cultura como expresión del sentido de la vida amplía los horizontes valorativos de los individuos y la sociedad, disuelve la fragmentación social en un universo cultural que se nutre de las creaciones continuas de las mujeres y los hombres. La cultura pensada sobre un mismo ideal y respaldada por los ánimos colectivos que la reconocen, aprecian y estimulan, se erige en un proyecto incitador de voluntades e integrador virtual de la nacionalidad. Proyecto que se acompaña en su función integradora de un complejo de valores que le da sentido y dirección.

Los valores operan como referentes históricos y culturales en la comprensión del todo social. Cada ser humano los necesita para integrarse a la totalidad a que pertenece: «saberse, sentirse y hacerse uno con la realidad

total no son más que formas graduales de llegar a ser uno con el todo». <sup>11</sup> Lo que da forma y constituye, a su vez, la esencia de cada acto del saber, sentir o hacer, son los valores. En la totalidad social, representan los tres intereses que la dominan en su más amplia dimensión: lo justo, lo cierto y lo bello y las tres grandes zonas de la expresión humana: la moral, la ciencia y el arte. <sup>12</sup>

Resulta válida la inclusión de los valores en la dinámica social no como elementos aislados, sino como complejo de valores que actúa de agente unificador de la totalidad. En las condiciones históricas cubanas, desde el momento en que el pensamiento reivindica valores propios y los distingue de los importados, cumple la función de representar los intereses de las fuerzas progresistas a favor del desarrollo histórico y cultural. Aunque se trate, como en este caso, más bien de una identificación sublimada con el devenir de las ideas y el destino de la nación como ente histórico ideal.

Al pensar los valores desde un proyecto cultural e histórico se insiste en la idea de que solo ligados al complejo social y cultural en que viven los seres humanos estos pueden tomar conciencia de sí mismos y de la voluntad de dignidad con que han ido trascendiendo. Para estos pensadores, la historia se asume como valor aglutinador del complejo de valores que impulsa el devenir nacional. Lo que la hace tal no es la cantidad de hechos que recoge, sino su significación, y esto depende de la medida en que alteró el complejo social en que se produjo.

Al decir de Rosaura García Tudurí, la historia no es la sucesión de pasado a presente y de presente a futuro, sino una anticipación del futuro sobre el presente donde a su vez el pasado florece y revive.

Una clara conciencia histórica sería aquella que diera a cada fase su valor propio; entonces el presente a la luz del futuro y de un pasado justamente valorado constituiría un vivir equilibradamente humano, una fase donde el espíritu se afirmaría para movilizarse en vida programática, pero con la valija necesaria de la experiencia pretérita. <sup>13</sup>

Las hermanas García Tudurí introducen en el debate la cuestión de la polaridad valorativa. Para ellas, los conflictos valorativos constituyen un proceso de asimilación de significados donde las personas pueden «navegar de un extremo a otro». Al señalar que no todos los seres humanos asimilan los valores de igual modo, <sup>14</sup> llaman la atención sobre la labor educativa como elemento indispensable para que los individuos hagan una adecuada valoración de la realidad.

Rosaura y Mercedes García Tudurí son las promotoras de la polémica sobre la dimensión social del arte desde su arista valorativa, y destacan los valores estéticos como significados que tributan a la sensibilidad humana. Sobre este aspecto, escriben:

Nosotros pensamos que tal vez los grandes males que padece la humanidad en nuestros días podrían ser en gran parte reducidos mediante una educación dirigida a mejorar y desarrollar su capacidad estética: la fruición de lo bello, al producir la sublimación, la liberaría de la carga de odio que tiende a deshumanizar al hombre. <sup>15</sup>

Está claro que los valores por sí mismos no son la alternativa para el cambio, aunque porten fuerzas propulsoras. Los cambios sociales no son meras cuestiones de modificación de significados históricos y culturales, sino complejos problemas de transformación de las esencias.

La visión teleológica de la historia, fuertemente arraigada en estos pensadores, trae aparejada la sobrestimación del futuro y cierta evasión de los problemas del presente. El deber ser condiciona las preocupaciones valorativas, lo cual hace que las propuestas teóricas se perfilen hacia la posibilidad abstracta de realización práctica. Este marcado énfasis en el sentido prospectivo del pensamiento, en detrimento de su accionar concreto, acentúa las actitudes conservadoras que se expresan en la proyección hacia la praxis de tales ideas.

A diferencia de Mañach, para Rafael García Bárcena la necesidad vital de creer, de ejercitar la fe como parte de la función de vivir, orienta el sentido de la vida humana. La intención del autor es orientar la conducta humana hacia un fundamento absoluto, capaz de garantizarle a la propia vida un sentido positivo que permanezca inmutable para la humanidad en todas las circunstancias, épocas y lugares. <sup>16</sup>

La recurrencia a ese fundamento absoluto está dada por la necesidad de los seres humanos de integrar su vida con lo trascendente. La crisis de valores que envuelve a la sociedad cubana de 1940 a 1960 tiene sus raíces —según García Bárcena— en la «transacción inconsecuente y cobarde» que se establece entre lo absoluto y lo relativo, «en vez de arribar a una síntesis de los dos». <sup>17</sup>

La síntesis que nos propone es un proceso bien complejo «de integración del individuo con la totalidad» a través de las cualidades funcionales (irritabilidad, intencionalidad y fe) de la vida orgánica, psíquica y espiritual. <sup>18</sup> Mediante esas cualidades de los seres humanos se coordina con los objetos necesitados; pero algunos no pueden darse en el mundo relativo de lo causal, espacial y temporal, y como «en el hombre se mantiene siempre la voluntad más o menos consciente, de salvarse definitivamente de esas limitaciones, de esas relatividades», <sup>19</sup> la salvación está en lo absoluto. «Este es el fin último de la vida humana». <sup>20</sup>

La necesidad humana de lo Absoluto fundamenta también la necesidad del Bien, la Belleza y la Verdad como atributos de absolutidad. Ellos actúan como referentes de significación que otorgan validez absoluta

al sentido de la vida, al tiempo que responden a una «profunda necesidad espiritual».

Los valores se estructuran jerárquicamente, según el grado y la profundidad con que realizan en los humanos la cualidad configurante de salvación en lo Absoluto.<sup>21</sup> Es por esta razón que, para García Bárcena, los valores religiosos son más venerables; sus esencias, de uno u otro modo, fundamentan las restantes significaciones que conforman los sistemas valorativos de los individuos. En varios de sus trabajos filosóficos, habla sobre la jerarquía de los valores, a la cual otorga importancia especial por ser la que tiene un papel más activo en las estructuras valorativas. Para él, «el ser humano vive como absoluto sus valores». Ellos no le son dados objetivamente por algo o alguien que lo trasciende, aunque pueda percibirlo así en algún momento de su vida, sino que «es el hombre quien hace de ellos instancias absolutas, respondiendo a exigencias inexorables de su vida espiritual».<sup>22</sup>

Es cierto que en cada mujer y hombre hay un anhelo de perfectibilidad y de vida nueva que lo impulsa más allá de lo dado. En ello radica, precisamente, la grandeza humana: en querer mejorar lo que no está en el reino de los cielos. «En el Reino de los Cielos no hay grandeza que conquistar [...] el hombre solo puede hallar su grandeza en el Reino de este Mundo».<sup>23</sup> Así recoge Alejo Carpentier, en la literatura, una de las ideas filosóficas más fuertemente arraigadas en el pensar y actuar emancipador de este continente, que García Bárcena hace suya redescubriendo a Dios.

La axiología de Rafael García Bárcena reafirma el «advenimiento de una fe nueva, crítica»,<sup>24</sup> que proyecta a hombres y mujeres hacia un mundo diferente. La necesidad humana de creer en los significados positivos de la vida —a pesar de las crisis, desvaríos y catástrofes que la acompañan—, es el mensaje valorativo de la filosofía de la religión construida para redescubrir a Dios, sin encubrir al ser humano.

El prestigio y la influencia de Mañach y García Bárcena en el mundo académico, cultural y social republicano, y más sobre la juventud revolucionaria, hicieron que sus postulados teóricos encontraran rápido eco en la intelectualidad cubana, no sin recibir contundentes críticas por parte de personalidades importantes debido a las inconsecuencias asumidas; pero, sobre todo, a las implicaciones prácticas que tenía la asunción acrítica de tales fundamentos teóricos.

Como hemos dicho, ellos no fueron los únicos que, desde la axiología, intentaron argumentar el sentido de la vida humana y superar de alguna manera la profunda crisis de valores del país con perspectivas universales. Resulta de interés para los estudiosos del pensamiento filosófico cubano profundizar en las ideas de las figuras que incursionaron en la temática de los valores desde

otras aristas: la estética, la filosofía del derecho, la ética, la filosofía de la educación.

A pesar de sus insuficiencias teórico-metodológicas, tienen el mérito de haber sido los primeros en Cuba que realizaron el análisis y la crítica de la sociedad cubana desde la axiología. El debate sobre los valores y el sentido de la vida otorgó nuevas dimensiones a las propuestas filosóficas de estos pensadores. Sin embargo, sus limitaciones teóricas y compromisos clasistas desorientaron el sentido progresivo y la dirección hacia el accionar revolucionario de este pensamiento.

«Vivir es creer, cuando se deja de creer se empieza a morir»

El proceso de reconceptualización teórica para la práctica revolucionaria que llevan a cabo en este período figuras como Raúl Roa, Fernando Ortiz, Elías Entralgo y Medardo Vitier, entre otros, los inserta dentro del debate epocal sobre los valores. En ellos, la crítica valorativa tiene la intención consciente de transformar el sentido de la vida en conciencia lúcida, responsabilidad social y acto de creación.

Como autoconciencia de la identidad, bajo las reales diferencias y contradicciones, y su innegable diversidad, estos pensadores perfilan un sentido histórico y cultural de vida que no consiste solo en captar la unidad y la diversidad, sino en saber organizarlas en dirección progresiva con perspectivas humanas universales. Para ello, el proceso crítico y creador del filosofar ha de desprenderse de imitaciones inauténticas y abrirse desprejuiciadamente a los múltiples impulsos que recibe la vida humana.

Al decir de Elías Entralgo, la vida no es sacudida sísmica ni ímpetu meteórico, sino actividad de eslabonamiento, esfuerzo de articulación, obra concatenadora que ha necesitado siempre del concurso del tiempo y del empeño colectivo.<sup>25</sup> El progreso social y cultural de una nación no está solo en los aportes individuales, sino también en la socialización de esas creaciones, en su incorporación fluida y orgánica a la vida colectiva. Este elemento pone a debate el tema de la comunidad de culturas.

El concepto de transculturación lo introduce magistralmente Fernando Ortiz para explicar la conformación y el desarrollo de la comunidad que es la cultura cubana. «La transculturación es un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe [...] Un proceso en el cual emerge una nueva realidad que no es aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente».<sup>26</sup>

La categoría proporciona una clara definición del papel de los valores en el complejo devenir de la comunidad cubana. Junto al problema de la conformación de la comunidad cultural, se plantea la preocupación por la calidad de la cultura; la cubanidad como complejo de condiciones o cualidades que especifican la «conciencia de ser cubano y la voluntad de querer serlo».<sup>27</sup>

La comprensión de la cultura como un hecho social —no solo en los planos de la vida presente, sino en los de su advenimiento histórico y su devenir— cambia el enfoque elitista y parcializado de aquella, por uno que la considera creación dinámica y social del heterogéneo conglomerado de razas y tradiciones que se agitan, entremezclan y disgregan en un mismo bullir social.<sup>28</sup>

Con una fuerte carga valorativa, Ortiz insiste en el sentido humano de la cultura. Critica las posiciones positivistas, que subordinan los valores humanos a la ciencia y la técnica y promueven un pensamiento axiológico que inserta los valores en las alternativas de desarrollo histórico y cultural. Para él, las transformaciones esenciales de la realidad no son posibles al margen de las modificaciones necesarias del espíritu, la conciencia y la conducta de los hombres y las mujeres que las llevan a cabo.

En este sentido, sienta pautas para la formación de valores, cuando escribe:

para hacer integralmente hombres hay que tener una gran fe en la condición de ser hombre, un gran amor a lo humano y una gran vocación por desear y procurar la grandeza de la humanidad, y hay que consagrarse, por lo tanto, absoluta y absorbentemente, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios, a esa vocación.<sup>29</sup>

La preocupación por el mejoramiento humano se une en estos pensadores a la del desarrollo de un pensamiento crítico en Cuba. Medardo Vitier expone con fuerza esta idea: «bella es la queja viril», y explica la queja que testifica la inconformidad por las quebras y fallas humanas ante la pérdida de valores y creencias. De modo que no se trata de cualquier acto de resentimiento, sino de la capacidad del intelecto para deshacer y crear en un solo movimiento, pero de doble operación: elevación del espíritu y penetración prudente en las realidades del conflicto social.<sup>30</sup>

La necesidad de criticar las formas específicas en que se manifiestan y concientizan las aspiraciones humanas y las posibilidades de su realización hacen que aparezca en el debate el tema de la participación activa de los sujetos sociales en los procesos de cambio. En su ensayo crítico «Pies de arena» (1954), Raúl Roa hace referencias directas a la relación entre la participación y las posibilidades de crítica y creación. Escribe:

la participación del pueblo en el proceso de su creación y el respeto a los fueros de la conciencia individual y colectiva,

constituyen, en nuestra época, los fundamentos objetivos y subjetivos de la legitimidad del mando público [...] El poder es mi poder solo en la medida en que contribuyo a crearlo, exprese anhelo de la voluntad colectiva y salvaguarde las prerrogativas inmanentes de la conciencia individual. De ahí el derecho inalienable de los pueblos a repudiar y derribar todo orden político que menosprecie, agrada o aniquile los valores fundamentales, cuya custodia está encomendada al poder.<sup>31</sup>

Se incorpora también al debate el interés por definir los valores como reguladores del sentido de los fines del actuar humano y los medios para lograr esos fines. Con su agudeza discursiva, Roa insiste en que:

el dolor lacerante de estos tiempos no es producto, precisamente, de la fatalidad [...] Lo trajo el hombre y el hombre puede extirparlo. Nada nuevo necesita inventar para conseguirlo. Bástale poner la ciencia al servicio de una concepción justa de los fines de la vida y renovar los supuestos del régimen democrático, fundado en la autoridad consentida y legitimada por el espíritu, la razón y la voluntad.<sup>32</sup>

Desde la arista axiológica, el problema recae en el sentido y la dirección que alcancen los fines y los medios. Apunta Medardo Vitier en un ensayo sobre la educación en Cuba: «Los fines se han descuidado, pero dar con los medios es aún más difícil. No aludo a medios didácticos, a modos de aprendizaje, sino a la manera de alcanzar los fines».<sup>33</sup>

Se defiende con fuerza el criterio de que cuando los valores pierden sus reales significaciones por las crisis del orden social y político existente, los medios y los fines de la actividad se confunden e indefinen. Al restablecerse de modo arbitrario o predeterminarse al margen de la vida cotidiana, y sin el debido consenso social, se fractura la adecuada correspondencia entre ellos y, por lo general, sus significaciones se subordinan al deseo pragmático de poder alcanzar los objetivos programados para superar las crisis.

Esta manera de responder a la cuestión filosófica de la relación fin-medio desde lo valorativo entronca con la tradición humanista y emancipadora del pensamiento cubano, que se ha opuesto a los intentos de utilizar a los hombres y las mujeres como instrumentos ciegos o sordos. Y se enlaza a una concepción filosófica de la vida que no se ciñe a interpretar conceptualmente el mundo, sino que aspira también a transformarlo. «Y para eso —reafirma Roa— se precisa, además de coraje, abnegación y constancia, ciencia, experiencia y conciencia».<sup>34</sup>

Las posibilidades transformadoras de los seres humanos se acrecientan con el conocimiento del mundo. La búsqueda de la verdad es también parte inseparable de la vida. En un artículo publicado en Bohemia, en 1941, Fernando Ortiz escribe:

La humanidad nunca se resigna a lo ya sabido concienzudamente como previsible; trata de dominar más y más los secretos de la naturaleza mirando siempre hacia un más allá. Su progreso es asombroso; pero su irreflexiva impaciencia la hace fracasar y caer en el acomodamiento perezoso e irracional que le hace aceptar como ciertas arbitrarias creencias.<sup>35</sup>

Hay en los seres humanos un impulso interior por la perfección, una inconformidad por las quebras y fallas humanas que lo conducen hacia sentidos de vida superiores. Cada hombre y mujer, como dice Vitier, «lleva dentro un destello de lumbre interior de Don Quijote, una porción de locura que lo anima y eleva».<sup>36</sup>

Al asumir los cubanos y las cubanas la responsabilidad histórica de modificar sus destinos propios, el sentido de sus vidas requiere niveles superiores de conocimiento y valoración. Es en este punto donde estos pensadores insertan la labor educativa como proceso ininterrumpido de creación y transformación de la conciencia. Lo valioso no está en lo que cada cual debe hacer, sino en lo que puede hacer por lo que es como ser humano. Esta manera de enfocar la relación ser-hacer va dirigida a la acentuación de un sentido de la vida que reafirme la capacidad transformadora y constructiva de las personas.

Planteado de esta manera, el sentido de la vida lleva en sí una crítica a la enajenación y cosificación de los seres humanos ante el irrespeto a su dignidad. Tomando este criterio como referente para valorar los procesos libertarios de la época, aparece una interesante crítica al socialismo europeo, válida para entender, en estos tiempos, por qué la historia nos hace volver a sus proyectos inconclusos.

La crítica al socialismo alerta sobre la sistemática insensibilidad humana de sus propuestas y el insuficiente respeto a la dignidad humana, la justicia y la libertad, lo cual «sirve, de manera exclusiva, para sostener los designios de una forma distinta de vasallaje».<sup>37</sup> Los totalitarismos, se insiste, aniquilan la dignidad, humillan, persiguen, encarcelan la diversidad, que es la seguridad de que tenemos modos propios de ser y de reaccionar. En esa seguridad vivimos, nos movemos y tenemos nuestra dignidad. Es ella el punto de partida de todo empeño, el fundamento del éxito por el bien común. La heterogeneidad dentro de la unidad no es ausencia, sino riqueza del ser humano. «La seguridad del mundo, en sus varias formas, viene a ser la de la persona en su integridad».<sup>38</sup>

El tono de la crítica se eleva en el debate con intenciones de enardecer los ánimos revolucionarios. Con intereses a favor de la dignidad individual y social, con una mentalidad diferente, con los esfuerzos útiles de cada hombre y mujer, con la esperanza de lo que será mañana, se insta a recuperar la libertad atropellada, la soberanía perdida y la dignidad mancillada.

Por cualquiera de los caminos que se escoja, el sendero seguro debe movilizar e incorporar un consenso mínimo en lo concerniente a valores sobre convivencia justa, virtudes edificantes, honradez gubernamental, conducta privada y pública.<sup>39</sup> Fuera de una reorientación humana no hay posibilidades seguras de superar las alienantes condiciones de vida.

La transmutación de valores que provoca la cotidiana y brutal realidad humana ante el estancamiento de la cultura, la expansión de la violencia, la impunidad del poder, la catastrófica situación de vida, acentúa la incredulidad en las soluciones alternativas. Pero «en reducto que parece inexpugnable resiste el credo último, el valor de la vida».<sup>40</sup> Y en paradójica expresión, la crisis de valores desgarran las conciencias individuales y colectivas porque «todo se salió abruptamente de su cauce y nadie vive tranquilo».<sup>41</sup>

Ante el silencio, la indiferencia o la inhibición que resulta de la pérdida de valores, se impone un cambio en las significaciones de la libertad, la paz, la justicia y el progreso. En el intento de infundir nuevos sentidos a la totalidad, los valores orientan la reconducción de la naturaleza y la sociedad a su esencia humana.

Esta manera de comprender el sentido de la vida se enlaza con una concepción del mundo revolucionaria que se impone de forma enérgica para precisar actitudes cívicas y consolidar las posiciones progresistas que exige la defensa de la libertad. Al pensar el sentido de la vida desde las múltiples relaciones que lo determinan, opuestas a escepticismos y pesimismo filosóficos, estos pensadores promueven una axiología con mayor nivel de convocatoria y proyección de las necesidades, intereses y voluntades populares.

El debate acerca de los valores y el sentido de la vida entre 1940 y 1960 se inscribe en el empeño de proyectar alternativas desenajadoras dentro de la crisis social cubana. Al cuestionar los referentes de significación, el pensamiento filosófico se enfrenta a prácticas de dominación que atentan contra la identidad y la presencia de una subjetividad histórico-cultural.

Las propuestas que emergen del debate tienen en común la visión integradora de la sociedad. Para ello, se precisan fines y objetivos sociales comunes que acentúen la continuidad nacional y su correspondencia con la comunidad de cultura, el rescate y la proyección social de los valores portadores del progreso humano, la insatisfacción por las desigualdades sociales, el establecimiento de una nueva moral con modificaciones esenciales en el espíritu, la conciencia y las conductas individuales y colectivas.

Es precisamente en este punto donde chocan las dos tendencias. Mientras para una la integración social se articula por la acción de la cultura —de la alta cultura, que regenera la ciudadanía y vigoriza la

nación—, para la otra, se asume como respuesta a objetivos sociales comunes desde la diversidad sociocultural, sin exclusión de género, raza, clase, sector social, etcétera.

La primera se emparenta con el sentido histórico de una parte de la burguesía nacional, fundamentalmente el sector sector comercial, que a todas luces intenta constituirse en burguesía nacional independiente y antimperialista. Sus propuestas se nutren de la tradición ideológica nacionalista cubana y, como esta, queda en los límites del imposible histórico, más tratándose de la burguesía de un país subdesarrollado y neocolonial. Al preconizar la integración a la totalidad a través de una suerte de evolucionismo sociocultural, quedan al margen elementos de la dinámica de la historia social. Los intereses y valores irreconciliables de clases y grupos sociales enfrentados se minimizan; en su lugar, los sentidos culturales de las «minorías históricas» ocupan el lugar del consenso social y ofrecen las posibilidades integradoras.

La segunda, en contraposición a la primera, arremete contra las esencias dominadoras y excluyentes. En sus representantes, la integración se plantea por la búsqueda de un consenso valorativo, no fabricado, sino extraído de las fuerzas que promueven el progreso social, manteniendo los márgenes de conflictividad necesarios para el desenvolvimiento de cada uno de los intereses confluyentes en el todo social.

Se trata de una totalidad que acentúe la justicia por encima de la eficiencia y la utilidad, destaque las capacidades crítica y creadora de los seres humanos frente a las actitudes apáticas y oportunistas. Totalidad subvertidora de los sistemas de valores alienantes e irracionales que se imponen como símbolos de poder, y más.

## Reflexiones finales

El debate sobre los valores y el sentido de la vida, de 1940 a 1960, le dio nuevas dimensiones teóricas y prácticas al pensamiento filosófico cubano. Con él se transformaron las nociones de crítica y creación. La crítica axiológica, desde sus distintos modos de asunción, rompió con la tradición filosófica de divorciar las potencialidades cognoscitivas y las valorativas en el ser humano. Al asumirlas integradamente, se enfatiza la capacidad constructiva de hombres y mujeres para modificar sus condiciones de vida.

La construcción de una axiología crítica es el mérito fundamental de estos pensadores, que dejaron importantes huellas en el devenir filosófico del

pensamiento progresista cubano. Lo esencial no está, para ellos, en por qué valoramos, sino en cómo se debe valorar. Así, insisten en la crítica no como un acto de enjuiciamiento a posteriori de las acciones humanas, sino como la manera más responsable y comprometida de actuar en el mundo circundante.

Volver a este debate en nuestros días no es un simple ejercicio de gozo intelectual. América Latina sigue siendo rehén de un modelo instrumentalista y excluyente de sociedad. El tema vuelve a desafiar a la filosofía. Ese desafío exige una nueva actitud fundadora y reclama una conversión paradigmática que asuma las experiencias históricas y las posibilidades inagotadas de las alternativas anticapitalistas.

La redefinición valorativa de una totalidad alternativa al capitalismo transnacionalizado y globalizador no es el necio empeño de «ciervos, ángeles de amor», sino la necesidad y posibilidad de hacer realidad las exigencias y aspiraciones sociohistóricas de los sujetos sociales comprometidos con la dignificación humana desde los diversos modos de expresar, pensar y proyectar un mundo mejor y posible.

La penetración económica e ideológica imperialista, que arrincona y desnaturaliza la cultura y la historia con modelos y falsificaciones destructores de cuanto pudiera ser fuente de autorrespeto y resistencia en la conciencia individual y social, trueca los valores histórico-culturales en significaciones ajenas y extrañas a su propio creador. Al convertir la creación humana, en un producto que no le pertenece a quien lo crea, acentúa la dependencia y enajenación creadora y crítica. La reconstrucción del mundo natural y las relaciones humanas, desde los hombres y las mujeres que las viven, pasa por su historia y su cultura. En ellas la vida se afirma, consolida y revaloriza como posibilidad humana de perfectibilidad.

La reflexión sobre los valores enfrenta hoy una pluralidad de acciones, modos de actuar no jerárquicos, confluencias de identidades y organizaciones diversas que emergen desde las prácticas cotidianas. Desde esta cotidianidad, los valores de la emancipación se enfrentan a la visión tecnocrática y cientificista de la sociedad, la homogeneización de los seres humanos impuesta por la cultura capitalista, la intolerancia cultural y la simplificación del mundo y la vida humana.

Construir una civilización humana digna, justa y equitativa requiere de acciones, reflexiones y deseos capaces de elaborar y movilizar alternativas desde las incertidumbres, lo cual supone cambios profundos en nosotros mismos. A motivar, de alguna manera, esos cambios se dirigen las ideas de este ensayo. Si en



algo lo logra, entonces, «vale el debate buena tormenta».

## Notas

1. León Felipe, *El ciervo*, Arte y Literatura, La Habana, 1980, p. 165.
2. Existen en la época otras líneas de pensamiento que reconocen la importancia de la dimensión valorativa en los procesos revolucionarios, pero no las incluimos en el estudio ya que este reconocimiento no se hace desde una intención consciente de abordar la temática de los valores como problemática histórico-filosófica.
3. Jorge Mañach, *Para una filosofía de la vida*, Editorial Lex, La Habana, 1951, pp. 18-9.
4. *Ibidem*, p. 27.
5. *Ibidem*, pp. 56-7.
6. *Ibidem*, p. 43.
7. Como disciplina o estudio acerca de los valores, la axiología ha dedicado atención primordial al estatus ontológico y la naturaleza del valor. Existen en el pensamiento filosófico dos posiciones contrapuestas: una que entiende los valores como significaciones subjetivas que no tienen existencia fuera del sujeto que valora (esta identificación del valor con el sujeto es una de las tesis centrales de las posiciones subjetivistas); otra, que sostiene la existencia de significaciones independientes del sujeto que valora. Los valores, en este caso, son significados objetivos que no pueden identificarse ni con el sujeto ni con la valoración que este realiza. Es la posición objetivista. En la actualidad, ha cobrado fuerza una tercera posición que plantea la naturaleza objetiva-subjetiva del valor. En ella se diferencian los valores en «valores de las cosas» y «valores de la conciencia», pero se insiste en el carácter simultáneo de la relación.
8. Jorge Mañach, *ob. cit.*, p. 91.
9. *Ibidem*, p. 22.
10. Humberto Piñera Llera, «Ideas del hombre y de la cultura en Varona», *Revista Cubana de Filosofía*, v. I, n. 4, La Habana, 1949, p. 16.
11. Rafael García Bárcena, *Redescubrimiento de Dios (una filosofía de la religión)*, Editorial Lex, La Habana, 1956, p. 103.
12. El pensamiento martiano está presente en esta idea de instituir lo justo, lo bello y lo certero como referentes que actúan en la articulación de un todo integrado y coherente. «Así son una la verdad que es la hermosura en el juicio; la bondad que es la hermosura en los afectos; y la mera belleza, que es la hermosura en el arte». José Martí, «Emerson», *Antología mínima*, t. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 193.
13. Mercedes y Rosaura García Tudurí, «Conferencia pronunciada en el curso académico del Instituto de Filosofía 1953-1954», *Ideas de la Historia de la Filosofía*, Sociedad Cubana de Filosofía, 1954.
14. Mercedes y Rosaura García Tudurí, «El aspecto social del arte», *Revista Cubana de Filosofía*, v. IV, n. 16, La Habana, 1957, p. 18.
15. *Ibidem*, p. 21.
16. Rafael García Bárcena, *ob. cit.*, p. 155.
17. *Ibidem*, p. 157.
18. En la obra de García Bárcena, la irritabilidad, la intencionalidad y la fe constituyen función de reintegración de la entidad viviente a la totalidad. Portan una tensión directriz que orienta hacia objetos necesitados. La irritabilidad, como cualidad de la vida orgánica, refiere la disposición a reaccionar ante determinado estímulo del medio. La intencionalidad se caracteriza por ser una función de la vida psíquica, que se dirige espontáneamente a fines predeterminados por la vida, dentro de la cual ella funciona. La fe es la función vital que tiende a reintegrar al individuo espiritual a la totalidad de que forma parte (la totalidad de la realidad), el acto de fe incluye la conciencia, la afectividad y la voluntad humana diversificada en lo ético, estético y lo teóricico.
19. Rafael García Bárcena, *ob. cit.*, p. 102.
20. *Ibidem*, pp. 95-105.
21. *Ibidem*, p. 102.
22. *Ibidem*, p. 151.
23. Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, UNEAC, La Habana, 1964, p. 136.
24. Rafael García Bárcena, *ob. cit.*, p. 7.
25. Elías Entralgo, *Algunas facetas de Varona*, UNESCO, La Habana, 1965, p. 104.
26. Bronislaw Malinowski, «Introducción a Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar», *Estudios Afrocubanos*, t. I, Universidad de la Habana, 1990, p. 248.
27. Fernando Ortiz, «Los factores humanos de la cubanidad», *Órbita de Fernando Ortiz*, UNEAC, 1973, p. 153.
28. *Ibidem*, p. 156.
29. *Ibidem*, p. 178.
30. Medardo Vitier, *Valoraciones 1*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1960, pp. 358, 362-364.
31. Raúl Roa, «Pies de arena», *Retorno a la alborada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 820.
32. Raúl Roa, *En pie*, Universidad Central de Las Villas, Santa Clara, 1958.
33. Medardo Vitier, «Educabilidad», *Valoraciones 1*, *cit.*, p. 360.
34. Raúl Roa, *En pie*, *cit.*, p. 188.
35. Fernando Ortiz, «Tata Mbumba, mi colega de Songo», *Bohemia*, a. 41, n. 26, La Habana, 1949, p. 28.
36. Medardo Vitier, *ob. cit.*, p. 357.
37. Raúl Roa, *En pie*, *cit.*, p. 213.
38. Medardo Vitier, *ob. cit.*, p. 386.
39. *Ibidem*, p. 390.
40. *Ibidem*, p. 357.
41. Raúl Roa, *En pie*, *cit.*, p. 222.